



| AGUA |

Un mensaje del río

Iván Taylor

Llegaron al centro de refugiados cerca de las 19. Ana miró hacia atrás mientras se cerraba la puerta, y vio el brillo de las luces de la calle contoneándose en el reflejo del agua. Enseguida un grupo de personas y otro más, que se unió al primero, le taparon la vista. Todos llegaban envueltos en cobijas o con abrigos encimados, improvisadas bufandas. Traían bolsas, almohadas, las pocas cosas que habían podido llevar en las manos. Todos los que estaban en aquel salón lloraban o se lamentaban con mudas muecas de angustia.

Ana no había podido cargar nada. Cuando la canoa llegó, ella sostenía la mano de Nina y no se animó a soltarla. Mirando los remos hundirse en el agua, hizo un repaso mental de los lugares donde había dejado el televisor, la ropa, las zapatillas, el microondas. Cuando Jorge les dijo que el agua se venía, levantaron todo rápido. Nina también ayudó, peleando con su propio miedo, y puso en el baúl de plástico uno a uno sus juguetes. Acomodó las muñecas, los osos de peluche.

“Es por si acaso” le decía Ana, “por si llega el agua, pero capaz que no llega”.

Julián volvió del trabajo cerca de las 16.30. Tenía la cara cruzada por el susto. Los habían dejado salir antes para que pudieran socorrer a sus familias y subir algunas cosas a las mesas, a los roperos o a cualquier lugar un poco más elevado que el piso.

“Vine con Pedro” dijo al llegar. “Ya dejamos unas bolsas de arena en la casa de él”. Los dos se pusieron a apilar bolsas en la puerta de la casa. Ana los observaba en sus idas y vueltas desde el living a las piezas. Cuando todo estuvo listo Pedro volvió a su casa, Julián lo vio perderse en la esquina, dando zancadas largas. Se tomó un minuto para observar la ciudad. Santa Fe estaba irreconocible.

Para las 17 el agua ya estaba corriendo por su calle. La débil contención que ofrecían las bolsas de arena empezaba a ceder y el agua entraba ya por la puerta



principal. Para las 18 había medio metro de agua en la casa. Ana subió las escaleras, salió por la ventana y se sumó a Julián y Nina que le hacían señas a un vecino para que arrimara la canoa al balcón. Nina subió primera. Ana la siguió, sin soltarla de la mano. En ese momento Pelusa apareció de un salto y maulló. Nina, en la desesperación casi se cae de la canoa. El gato, asustado, dio dos saltos y se perdió por los techos. Julián dijo que los buscaría. Nina lloraba. “Llévalas al club, yo ya voy” dijo Julián y se trepó ayudándose con un poste de luz.

-¿Papá va a venir?

-Sí, mi amor.

-¿Cuándo?

-Cuando lo encuentre a Pelusa

-¿Van a tener frío?

-Hace frío. Pero ellos van a estar bien.

-¿Saben que estamos acá?

-Claro que sí. Además los gatos tienen una relación con el agua que a tu papá le va a ayudar mucho.

-¿Cómo es eso?

-¿Nunca te conté la historia de los gatos y el agua?

-No.

Ana se acomodó en su asiento y se dispuso a contar por primera vez la historia de los gatos y el agua.

Hace muchos años hubo una gran inundación. Ni las personas ni los animales sabían ni siquiera lo que era una creciente. Es más, hija: no había ni un lago, ni un río, ni el mar, ni una laguna, nada de eso cerca de aquella ciudad.

-¿Y cómo se inundaron entonces, má?

Nadie sabe. Un buen día empezó a surgir agua desde abajo de la tierra. Salía agua por las bañeras, por los lavamanos. Salía agua por las piletas, desde abajo de los árboles. Y la gente se asustó mucho. Todos corrían de un lado para el otro, tratando de poner sus cosas a resguardo...

-¿Qué es resguardo, má?

Es poner a salvo las cosas, para que no se mojen. Bueno, las personas estaban muy nerviosas y ni los caballos tiraban de los carros ni los perros venían cuando los llamaban y el agua seguía subiendo, subiendo. En ese momento un solo animal mantuvo la calma y supo cómo reaccionar. Y fue, claro, un animal que se lleva muy bien con el agua: el gato.

-¿El gato? pero si los gatos le tienen miedo al agua, mamá- exclamó Nina.

Mientras esto ocurría, otros niños y niñas se habían acercado a escuchar la historia que Ana contaba, acerca de los gatos y el agua. Sus padres y madres también se sumaron y pronto se había creado un círculo alrededor de las dos.

-Los gatos no le tienen miedo al agua. Le tienen respeto. Y es mucho lo que podemos aprender de eso, hija. La historia dice que los gatos de aquel lugar comenzaron a subir a los tejados, no por la luna, sino porque era el lugar más lógico para ponerse a salvo del agua que



seguía subiendo. Entonces las personas los observaron y se organizaron para seguir a esos inteligentes animalitos. Todos subieron a los techos y desde allí improvisaron botes para irse remando hasta donde el agua no estuviera tan profunda.

- ¿Y qué pasó después?

Las personas adoptaron a los gatos como mascotas en forma de agradecimiento por aquella enseñanza. Los gatos, a su vez, aprendieron a estar al cuidado del agua, aunque su gusto por el pescado nunca cambió.

Cuando terminó su historia, Ana observó a su alrededor y notó que todo el mundo la miraba atentamente. Un niño que estaba primero en la fila se animó a romper el silencio.

- ¿Usted cree que el río está enojado con nosotros, doña?

No. Para nada, dijo Ana y en ese momento vio que Julián ingresaba por la puerta principal con Pelusa en los brazos.

-Creo que el río nos está diciendo algo, que quizás tardemos en entender.

FUNDACIONES

GRUPO PETERSEN 

 Fundación
Banco San Juan
20 años

 Fundación
Banco Entre Ríos

 Fundación
Banco Santa Fe

 Fundación
Banco Santa Cruz